

EL SÍMBOLO

Trazado del Q.: H.: Manuel Eduardo Contreras Seitz
R.:L.: “Reflexión” N° 103
Gran Logia de Chile

1. Símbolo: concepto y definiciones



Del latín *symbolum* y del griego *symbolon*, como voces que en lo material designan alguna cosa, objeto, imagen, figura, insignia, distintivo, divisa, etc. Puede ser un objeto, una figura o la representación gráfica de una idea, sea ésta de tipo cultural, filosófica, política, social, religiosa o de cualquier otra índole, la cual tiene una significación convencional y arcana.

Como parece sugerir una primera etimología, un símbolo es una imagen compuesta de varios elementos en la cual el modo en que el todo representa es mucho más que la suma de las partes.

Normalmente, a este concepto asociamos la huella o el gesto visible que remite a una percepción invisible u oculta de la realidad. El símbolo tiende a ser la manifestación de una idea profunda que se expresa por medio de un “lenguaje oculto” en el nivel sensi-

ble, haciéndose apto para la comprensión de su mensaje. En un sentido amplio, toda manifestación, toda creación es de carácter simbólico, como cada gesto es un rito, sea esto o no evidente, pues constituye una señal significativa.

El símbolo nombra a las cosas y es uno con ellas, no las interpreta ni las define. En verdad, la definición es un elemento occidental y moderno, aunque ya procedente de la Grecia clásica. Aun cuando no se lo considere solamente un elemento visual —ya que puede ser plástico o auditivo— hoy en día suele asociársele a ese concepto, porque la vista fija y cristaliza imágenes en relación con momentos históricos relacionados en mayor medida con lo espacial más que con lo temporal. En otras palabras, cada cosa debe verse como una metáfora en la que este lenguaje codificado sólo es accesible para quienes se adentran en algún camino iniciático.

Tradicionalmente, el símbolo ha sido un intermediario entre dos realidades: una perceptible, conocida; y otra desconocida, menos perceptible que la primera, por lo cual esa relación se transforma en el vehículo que posibilita la búsqueda de la esencia, por medio del conocimiento; esencia que será de variada naturaleza: espiritual, cognitiva o de algún otro tipo.

Dicha realidad metafísica se manifiesta, justamente, en el mundo sensible a través del símbolo. Gracias a esta intermediación se hace posible para el ser humano adquirir conciencia del mundo que nos rodea, de lo que significa y de nosotros mismos. Lo que el simbolismo pone en relieve es, precisamente, el conocimiento subjetivo. El uso del simbolismo conlleva una

forma de introspección a través de la asociación libre, de la relación existente entre la historia individual y colectiva, así como con las leyes que rigen todas las cosas.

Esto quiere decir que la vía simbólica puede liberarnos de los prejuicios sólo si no se transforma en un dogma más, o sea, si no se transforma en una serie de respuestas memorizadas con el único fin de responder a un determinado retejamiento. De esa forma nuestro espíritu sólo se empequeñecerá y se alienará en vez de crecer y enriquecerse.

El simbolismo nos abre las puertas de la percepción que explora las relaciones existentes entre los deseos y las ideas, la imaginación y la razón, entre la mente que generaliza y la mente que divide, pero esto ocurre sólo cuando nos aseguramos de la presencia de ambos elementos y no nos extraviamos en cómodos prejuicios.

Los símbolos contienen conceptos difíciles de sustituir por explicaciones, si es que no imposibilidad o, cuando menos, inconveniencia sobre todo en aquellos casos en los que la “frescura” de su significado deba estar presente y completar el sentido de ceremonias o rituales. Allí actúan de manera silenciosa pero efectiva, sin obstruir con palabras el desarrollo del acto.

Todos aquellos elementos que forman parte de nuestra cadena simbólica (imágenes, objetos, gestos, vestimenta, etc.) comunican al iniciado ideas que necesitarían extensas descripciones o relaciones para ser entregadas por medio de la palabra. Estos símbolos, la mayor parte de ellos pasivos en cuanto a su presentación, se dinamizan a la luz de sus diversas interpretaciones o cuando son internalizados conscientemente por quien los percibe.

Al respecto dice Vâlsan que:

El símbolo no expresa ni explica, solo sirve de soporte para elevarse, mediante la meditación, al conocimiento de las verdades metafísicas. Su ambigüedad vela y revela la realidad y su carácter polisémico posibilita su interpretación en diversos órdenes o planos de la realidad. Por eso, cada ser humano penetra según sus aptitudes (calificación intelectual) en la intimidad del símbolo. La polisemia es el reflejo sensible universal de la unidad esencial del símbolo.

La pluralidad de sentidos incluida en cada símbolo se basa en la ley de correspondencia (analogía): una imagen sirve para representar realidades de diversos órdenes o niveles, desde las verdades metafísicas hasta las que son como “causas segundas” con respecto a aquéllas. Los diversos sentidos del símbolo no se excluyen, cada uno es válido en su orden y todos se completan y corroboran, integrándose en la armonía de la síntesis total.

Podemos, entonces, suponer que nuestra capacidad de comprensión de un símbolo aumentará en la medida en que nuestro “conocimiento previo” posea mayor cantidad de definiciones que nuestra percepción pueda aplicar a la aprehensión, a la internalización de dicho símbolo. Este *conocimiento previo* que los individuos traen a una situación de aprendizaje, influye sobre cómo y cuánto se comprende, se aprende y se retiene. El activar este tipo de conocimiento permite ofrecer un marco semántico para interpretar y asimilar la información nueva. La generación de esquemas de interpretación incrementa las probabilidades de que el contenido de los materiales sea codificado con éxito.

El aprendizaje por la vía simbólica es *activo* porque cuando aprendemos, realizamos un conjunto de operaciones y de procedimientos mentales que nos permiten procesar la información que estamos recibiendo, y es *constructivo*, porque estos procesos que llevamos a cabo nos

permiten construir significado que va a depender de la interacción entre la información que tenemos almacenada en nuestra memoria y la nueva que recibimos.

Asimismo, se enfatiza la presencia de *procesos de alto nivel* en este proceso de aprendizaje. Esto implica que cuando nos encontramos en el proceso de internalización de una información, es necesario que llevemos a cabo procesos tales como la elaboración de inferencias o el establecimiento de relaciones entre la información que tenemos almacenada y la que recibimos ya que, de lo contrario, no habrá un aprendizaje significativo. Es posible lograr cierto tipo de aprendizaje basado exclusivamente en la memoria, pero la información acumulada por esta vía será efímera y, paulatinamente, será descartada de aquella, por cuanto esta adquisición no integraría las estructuras permanentes de conocimiento.

También podemos agregar que este aprendizaje simbólico es un *proceso acumulativo* en el cual el conocimiento previo tiene un papel fundamental. Dicho de otro modo, éste es un proceso que consiste en la acumulación de información, la cual se va organizando en nuestras estructuras cognoscitivas o esquemas, de manera tal que éstas se van enriqueciendo y estructurando hasta llegar a unos niveles de afinamiento que son característicos de los sujetos expertos o iniciados.

2. Teorías acerca del origen y significado de los símbolos

El análisis de los mitos y el interés por los símbolos surgió durante el romanticismo decimonónico y llegó a su auge en los estudios comparativos de James Frazer (1854-1941), reunidos en su célebre y monumental *La rama dorada*. La hipótesis rectora de Frazer es la de una evolución del pensamiento humano desde un estadio primitivo en la magia, pasando por otro de mayor racionalidad en la religión para desembocar en la ciencia. Tal secuencia de progresiva racionalización del pensamiento ya no es tan aceptable debido a una nueva versión surgida en buena parte del abordaje académico de los mitos y en el cual han intervenido no sólo los etnólogos, sino también historiadores de las religiones y psicólogos.

Es así que la aplicación del mito de Edipo fue para Freud una piedra angular en su teoría sobre el desarrollo temprano de la psique y del sistema terapéutico que dio origen al psicoanálisis. En esta escuela se ha destacado el parentesco entre mitos, cuentos de hadas y sueños: se afirma que los tres son lenguajes simbólicos.

En una de las corrientes psicológicas más extendidas durante buena parte del siglo XX, Jung explica la formación y semantización de los símbolos a través del *inconsciente colectivo*. Éste albergaría todo contenido psíquico de carácter subliminal, el cual no ha alcanzado los límites de la consciencia. Junto con los contenidos de la experiencia personal que nunca alcanzaron a ser percibidos pero fueron registrados, el inconsciente poseería dos tipos de procesos que no serían explicables a través de las adquisiciones personales: los instintos, los impulsos naturales y los contenidos que constituirían imágenes o adquisiciones de orden colectivo, predisposiciones compartidas por toda la gente y manifestado a sí mismo en la conducta, sin tener en cuenta la cultura. Estas imágenes se propagarían a lo largo del tiempo y es una forma universal, que surge gracias a una función psíquica natural.

El inconsciente, por tanto, no sólo posee elementos de carácter personal, sino que también posee elementos de carácter impersonal o colectivos expresados en la forma de categorías heredadas o *arquetipos*, predisposiciones innatas que pueden producir realmente imágenes y conceptos poderosos, de los cuales, según Jung, derivarían los símbolos.

Los símbolos nos vincularían directamente con los arquetipos, y como nuestra conciencia no está preparada para experimentar vivencialmente lo que éstos representan, lo único que percibiríamos serían sus manifestaciones. Los símbolos actúan como mediadores que nos permitirían captar algo tan abstracto como un arquetipo a través de una forma concreta.

Sin embargo, Guénon (1949) se refiere a esta explicación de la siguiente manera:

/.../ Jung, para explicar algo de lo cual los factores puramente individuales no parecían poder dar cuenta, se vio llevado a formular la hipótesis de un supuesto “inconsciente colectivo”, existente de alguna manera en lo bajo el psiquismo de todos los individuos humanos, al cual creyó poder referir indistintamente tanto el origen de los símbolos mismos como el de sus caricaturas patológicas. Va de suyo que el término de “inconsciente” es por completo impropio, y que lo designado por él, en la medida en que pueda tener algo de realidad, pertenece a lo que los psicólogos denominan de modo más habitual el “subconsciente”, es decir, el conjunto de las prolongaciones inferiores de la consciencia. Hemos señalado ya en otro lugar la confusión que se ha cometido de continuo entre el “subconsciente” y el “supraconsciente”; como éste escapa completamente, por su naturaleza misma, al dominio sobre el cual recaen las investigaciones de los psicólogos, éstos no dejan jamás, cuando tienen oportunidad de tomar conocimiento de algunas de sus manifestaciones, de atribuirles al “subconsciente”. Precisamente esta confusión es la que encontramos también aquí: que las producciones de los enfermos observados por los psiquiatras proceden del “subconsciente”, ciertamente no es dudoso; pero, en cambio, todo lo que es de orden tradicional, y especialmente el simbolismo, no puede ser referido sino al “supraconsciente”, es decir, a aquello por lo cual se establece una comunicación con lo suprahumano, mientras que el “subconsciente” tiende, inversamente, hacia lo infrahumano.

Hay pues, en ello, una verdadera inversión que es enteramente característica del género de explicación de que se trata; y lo que le da una apariencia de justificación es el hecho de que, en casos como el que hemos citado, ocurre que el “subconsciente”, gracias a su contacto con influjos psíquicos del orden más inferior, imita efectivamente al “supraconsciente”; esto, para quienes se dejan engañar por tales falsificaciones y son incapaces de discernir su verdadera naturaleza, da lugar a la ilusión que desemboca en lo que hemos llamado una “espiritualidad al revés”.

Por medio de la teoría del “inconsciente colectivo”, se cree poder explicar que el símbolo sea “anterior al pensamiento individual” y lo trascienda; el verdadero problema, que ni siquiera parece plantearse, sería el de saber en qué dirección ocurre ese trascender: si es por lo bajo, como parecería indicarlo esa referencia al pretendido “inconsciente”, o por lo alto, como lo afirman expresamente, al contrario, todas las doctrinas tradicionales.

Efectivamente, la Tradición Primordial atribuye este origen a la interrelación que todos los pueblos de la tierra han tenido entre sí y a su conexión esencial con el Universo y la Naturaleza, por medio de los diversos símbolos que sus dioses les revelaron, con el fin de que pudieran seguir manteniendo el contacto con lo espiritual y lo divino, con lo sobrenatural y supracósmico. Es así que, en las distintas expresiones sociales y culturales del ser humano, aquellos libros a los cuales se les atribuye carácter sagrado se manifiestan bajo un lenguaje simbólico, llámese éste parábola, metáfora, mitología u otra forma. Lo fundamental es que todas ellas transmiten conceptos metafísicos que, en sus aspectos más profundos y esenciales, son idénticos en todas las culturas, ya que harían referencia a una misma Verdad la que, en todo caso, tendría un carácter *esotérico* y sería transmitida en todas las tradiciones iniciáticas mediante el estudio de un cierto conjunto de *misterios*.

Respecto de estos *misterios*, nadie puede dudar que fueron los símbolos el lenguaje universal de la Teología Antigua, pues los Instructores del Mundo, a semejanza de la naturaleza, dirigían la enseñanza por la vista. Los sabios antiguos, Persas, Egipcios y Griegos, adoptaron la costumbre de rodear sus doctrinas de enigmas difíciles de interpretar, ilustrando a los hombres con símbolos y parábolas que estaban más a su alcance y conocimiento. Eran los Misterios una sucesión de símbolos y la parte oral de los mismos una explicación de su significado, en ellos se mezclaban comentarios sagrados, ideas sobre física y moral, teorías sobre la creación, alegorías sobre la naturaleza, las relaciones entre los planetas y los elementos y sobre todo las ideas recibidas acerca de las relaciones entre Dios y los hombres.

La palabra “misterio” viene del griego *musterion*, que significa secreto, algo que debe permanecer oculto, da la idea de silencio; otro término que etimológicamente se aplica a todo lo relacionado con misterio es “místico”, del griego *mustikos* que es un adjetivo de *mustes* o *iniciado*, por lo que *musticos* es *iniciático*, y se relaciona con la iniciación y su doctrina. En el sentido más exterior el misterio es de lo que no se debe hablar, aquello que está prohibido hacer conocer afuera, un segundo sentido más interior designa lo que se recibe en silencio, eso sobre lo cual no se debe discutir, porque son verdades que por su naturaleza supranatural y suprarrazional, están sobre toda discusión.

Finalmente, hay un tercer sentido mucho más profundo, en el cual el misterio es propiamente inexpressable, que no se puede más que contemplar en silencio, y por tal razón es incomunicable. Existe una alianza entre los sistemas filosóficos y simbólicos que se evidencia en monumentos de todas las edades, y en los escritos simbólicos de los Padres de las Naciones y que luego pasaron a formar parte de los rituales de las Sociedades Secretas y Místicas. Fue de esta forma como los Patriarcas se expresaron mediante una serie constante de principios invariables y uniformes que forman un conjunto armonioso y perfecto que a su vez definen una ceremonia de naturaleza religiosa y secreta, que necesita una preparación o una iniciación por parte del interesado que desea comprenderlos.

Existen así *pequeños* y *grandes misterios*, siendo los primeros de naturaleza simbólica y de uso común, y que comprenden todo lo que se relaciona con el desarrollo de las posibilidades del estado humano y culminan con lo que se ha denominado la restauración del Estado Primordial, y éstos no son más que una preparación para los Grandes Misterios, que conciernen a la realización de los estados suprahumanos, tomando al ser en el estado que lo han dejado los Pequeños Misterios y conduciéndolo a través de estados de orden espiritual hasta llegar a la Identidad Suprema. Los Grandes Misterios tienen por dominio el conocimiento metafísico, son los más elevados y acercan al iniciado a las verdades ocultas de la Esencia.

Todos los filósofos que han ilustrado la antigüedad, fueron discípulos de la iniciación, siendo el progreso y la fundación de los misterios en aquellos tiempos los que permitieron a los hombres liberarse del caos de las supersticiones. Sólo los Misterios pudieron liberar al hombre de la barbarie. De ellos derivan su doctrina Confucio, Zoroastro y Hermes.

Tales eran las características de los Misterios Antiguos que fragmentos de ellos han llegado a la moderna Francmasonería. Estas influencias las encontramos en los diferentes Ritos de la Orden. Los más importantes fueron los de Osiris en Egipto, los de Mithra en Persia, los de Adonis en Siria, los de Dionisio y Eleusis en Grecia, los Druidicos entre los Celtas. En todos los misterios se encuentra un factor común indicando un mismo origen, las ceremonias de iniciación eran todas de carácter fúnebre, eran del tipo de una muerte y resurrección místicas que aludían a un personaje heroico o de un semidiós. En todos se instruía en la subordinación

de los grados y el candidato se sujetaba a pruebas, físicas y de conocimientos; las pruebas se celebraban en la oscuridad de la noche, el aspirante debía ser probado y enteramente purificado para poder alcanzar la sabiduría y la luz. El carácter esotérico de los misterios quedaba preservado por medio de los mandatos y juramentos de discreción, cuya violación era castigada con la muerte. En la fábula de Osiris, Isis encontró sobre la tumba del cuerpo de su esposo Osiris, un árbol frondoso de Acacia, este concepto fue tomado por los Judíos, pues José y Moisés fueron iniciados egipcios, y lo transformaron en la leyenda de Hiram.

En los misterios de Mithra, Zoroastro recluía a los iniciados en lúgubres cavernas, ceremonia que fue adoptada por casi todos los Misterios y pasó a la Francmasonería en la forma del Cuarto de Reflexiones. La iniciación Eleusiana exigía al aspirante permanecer estacionario por diferentes intervalos de tiempo, de allí las edades de la masonería. En los misterios de la India el candidato hacía tres viajes, describiendo un círculo que se detenía en el sur; la masonería simbólica ha conservado estos viajes, aunque sin conocer muy bien su alegoría. Los Esenios exigían a los aspirantes al ingresar en la Orden el desprenderse de todas sus riquezas.

Así, desde esta perspectiva esotérica, el simbolismo tiene su más remoto origen en aquella Ciencia Sagrada Universal, común a todos los iniciados más no perteneciente a alguno en particular. Corresponde a la manifestación visible de una realidad inconmensurable, o tal como lo señala Guénon (1926):

Si el Verbo es Pensamiento en lo interior y Palabra en lo exterior, y si el mundo es el efecto de la Palabra divina proferida en el origen de los tiempos, la naturaleza entera puede tomarse como un símbolo de la realidad sobrenatural. Todo lo que es, cualquiera sea su modo de ser, al tener su principio en el Intelecto divino, traduce o representa ese principio a su manera y según su orden de existencia; y así, de un orden en otro, todas las cosas se encadenan y corresponden para concurrir a la armonía universal y total, que es como un reflejo de la Unidad divina misma. Esta correspondencia es el verdadero fundamento del simbolismo, y por eso las leyes de un dominio inferior pueden siempre tomarse para simbolizar la realidad de orden superior, donde tienen su razón profunda, que es a la vez su principio y su fin.

3. El símbolo en la vida individual y social del hombre

El simbolismo masónico no es solamente de carácter teórico y especulativo —aspecto por cierto relevante en el lenguaje docente de nuestra Orden— sino que también es de carácter práctico y operativo. El símbolo actúa en el interior de la conciencia de los que se abren a él, produciendo el orden y la comprensión, y quienes pertenecemos a esta Augusta Orden debemos actuar guiados por estos signos misteriosos, que no son otra cosa sino los planos del G.:A.:D.:U.: que habrán de orientarnos constantemente durante el proceso de la construcción de nuestro templo interior, sirviéndonos de firme piedra angular en todas las acciones externas que debemos emprender al poner nuestras luces al servicio de la humanidad.

Esta cualidad procede, precisamente, de su antigua calidad operativa, de donde el “poner a cubierto” la construcción implica resguardar el templo interior, separando lo profano del dominio espiritual y metafísico. Recordemos que es rol de los símbolos aludir a esas ideas de receptividad y concentración, las mismas que encontramos en el “arca” o en el “templo”.

El lenguaje simbólico tiene el poder de actuar en la vida cotidiana, y se dice que quienes se acercan a él de la manera adecuada podrán observar dentro de sí mismos la profunda acción transformadora ejercida por la energía que se encuentra detrás de nuestros símbolos tradicionales.

Uno de los principales trabajos que tiene el iniciado, quizás el más importante de ellos, es el de dedicarse al estudio, la comprensión, la explicación y, por sobre todo, la incorporación en su vida cotidiana, de los significados ocultos de los símbolos que nos rodean, los que han sido heredados desde la Tradición y el Arte Real.

Es más, al observar los constructos sociales del ser humano, sus manifestaciones culturales, apreciamos el simbolismo que se encuentra en ellas; los principales de ellos, números y letras; asimismo el arte, que desde un primer momento se vinculó a la conexión con lo divino. Toda manifestación del hombre antiguo, tanto individual como gregaria estaba presidida, sobre todo, por el simbolismo de la trascendencia.

El ser humano, desde sus más remotos orígenes, ha construido su organización sobre la base de los símbolos que contextualizan su vida cotidiana. Sin embargo, con el desmedido auge del positivismo y de su consecuencia natural, el racionalismo, el hombre occidental dejó de lado la incorporación del aspecto simbólico en la vida cotidiana que había retomado un auge especial a partir del Renacimiento y que, en la época contemporánea, se había revitalizado con el Romanticismo.

Desde el punto de vista de las ciencias de la mente, hoy en día podemos saber que el ser humano actual utiliza escasamente sus potencialidades mentales y emotivas y es más, el concepto educacional que hasta el momento ha imperado en la gran mayoría de los centros de enseñanza de nuestro país se basa, con mucho, en métodos racionales, analíticos y discursivos, los cuales no sólo no despiertan las potencialidades que se hallan en la mente y en el “espíritu” de cada uno de nosotros, sino que, además, atrofia ciertas partes de nuestro cerebro que se potencian cuando estamos en contacto con lo que no es meramente racional, sino con aquello que es materia superior, creativa o, por qué no decirlo, aquello que forma parte de la expresión simbólica de nuestro quehacer.

Es más, en la actualidad gran parte de la capacidad de incidencia en la conducta social, masiva, del ser humano viene dada por la intervención a través de los símbolos. El ejemplo más claro de ellos es la acción ejercida por los medios publicitarios a través de la propaganda, la cual es, básicamente, un sistema simbólico que pretende modificar la conducta individual y social del receptor del mensaje. Tal vez sean estas circunstancias las que hacen que el hombre moderno, sobre todo a partir de la década de los '60 en adelante, haya puesto su mirada cada vez de manera más frecuente, en disciplinas y corrientes de pensamiento que tiene como base la simbología. En palabras de Habermas (cit. en Azcona 1988) y de Azcona (1988:65),

“las cosmovisiones expresadas lingüísticamente se hallan entrelazadas con formas de vida — esto es, con la práctica diaria de individuos en sociedad—, de tal modo que éstas no pueden ser reducidas a las funciones del conocimiento y dominio de la naturaleza externa”. Estas arrojan luz sobre temas recurrentes en toda cultura, tales como nacimiento, muerte, enfermedad, etc., y ofrecen las posibilidades de que la vida humana tenga sentido. Ahora bien, la adecuación cognitiva de las cosmovisiones se halla también reflejada en la práctica diaria de la vida.

Esto implica que el individuo no se mueve sólo en un mundo que se encuentra determinado socialmente, en cuanto a normas lingüísticas, actitudinales o de comportamiento gregario, sino que también se halla imbuido en un mundo donde se comparten aspectos semiológicos comunes, los cuales implican las funciones transformadoras de los hechos, objetos o aspectos naturales en constructos culturales, acciones o lenguaje, como parte de la realidad cotidiana del ser humano.

La relación que establecen estos símbolos en el mundo social ha sido definida por Turner (cit. en Azcona 1988:79) como poseedoras de múltiples referencias, donde el símbolo se articularía en dos polos: uno *ideológico* y otro *sensorial*. En el primero, se haría referencia a los órdenes moral y social (normas sociales), mientras que en el segundo, a los fenómenos y procesos naturales y fisiológicos (sentimientos y deseos).

Sin embargo, dentro de esta relación, juegan dos elementos, dos clases de símbolos que conviene distinguir, ya que corresponden a aspectos de lo real y a formas de enfrentar la vida, nos referimos a los símbolos de carácter sagrado y profano.

Los símbolos sagrados han sido transmitidos por la Tradición a través del tiempo y sus orígenes son remotos y desconocidos, son manifestaciones de *ideas-fuerza* autosintetizadas y que se concretan cuando son internalizados en la conciencia de quien trata de comprenderlos; los profanos, en cambio, responden a una necesidad y construcción del ser humano moderno e influyen en la *psiquis* —no en la conciencia— del individuo. Lo anterior nos lleva a distinguir, asimismo, otros dos aspectos en los símbolos: sus caracteres *exotéricos* y *esotéricos*. El primero dice relación con la forma sensible con la cual éste se manifiesta; el segundo, en cambio, alude a lo interno, al contenido oculto que posee ese símbolo que constituye esa *idea-fuerza* detrás del significante. Claro que si nos quedamos sólo con el aspecto exotérico del símbolo, sólo daremos cuenta de su imagen icónica, que puede alcanzar una gran diversidad de variantes formales en las distintas sociedades y culturas; sin embargo, si nuestro norte es el aspecto esotérico del mismo, podremos entonces apreciar las identidades que traspasan a las expresiones culturales a lo largo del tiempo y cómo sus sistemas simbólicos son, en realidad, manifestaciones de un mismo contenido, común a todos los pueblos y a cada ser humano.

Es pues función de la Orden y de cada uno de sus HH.: no sólo resguardar los símbolos que nos han sido transmitidos, sino también rescatar su sentido primigenio, no con afanes de erudición, sino que muy por el contrario, con la finalidad de traspasar y aplicar este conocimiento a nuestra vida cotidiana, donde el masón debe ser un auténtico “hijo de la Luz”.

4. Símbolo y lenguaje

En toda acción humana que implique una interacción con otro, inevitablemente se manifiesta un proceso de comunicación que va más allá de la mera locución o manifestación de significantes. El ser humano, dentro de esta dinámica, transmite mensajes que conllevan un sentido para quien los percibe. La *significación*, entonces, puede concebirse como un “proceso que *asocia* un objeto, un ser, una noción, un acontecimiento, a un *signo* susceptible de evocarlos. /.../ Un *signo* es, por lo tanto, un *estímulo* cuya acción provoca en el organismo la imagen recordativa de otro estímulo /.../” (Fernández at al., 1989). Si, por otra parte, observamos las manifestaciones culturales, nos daremos cuenta de que todas ellas son también simbólicas: los números y las letras, son símbolos de energías que se encuentran detrás de ellos; el arte en todas sus manifestaciones, cuyos orígenes son sagrados, es siempre expresión simbólica de ideas sutiles inspiradas al artista por las musas; y también los idiomas, pues cada palabra o conjunto de ellas son símbolos de alguna idea que expresan.

La asociación existente entre signo y significación es un proceso psíquico, ya que son las imágenes de las cosas y la idea que de ellas formamos lo que se asocia en nuestra mente. Sin embargo, el proceso de asociación no sigue una sola vía: existen los llamados *signos naturales*, los cuales se fundamentan en relaciones de fenómenos que ocurren en el medio natural; y

los *signos artificiales*, de carácter cultural, entre los que se hallan aquellos que son reproducciones de lo real (*íconos*) y los que sirven para comunicar, como los *símbolos*.

Sin embargo, la manera de comunicar que tienen el *símbolo* y el *lenguaje* difieren en algo esencial: el primero es de naturaleza *motivada*, mientras que el segundo es *inmotivado*. Esto quiere decir que, mientras el símbolo guarda alguna relación entre su componente material (*significante*) y su componente semántico (*significado*), el *signo lingüístico* es de carácter *inmotivado* o arbitrario. Esto quiere decir que, los signos lingüísticos se caracterizan por una *doble articulación*: la primera, corresponde a aquellas unidades mínimas de “dos caras” (morfemas) y, la segunda, a aquellas unidades sucesivas de función únicamente distintiva, no portadora de significado (fonemas). De esta manera, los “símbolos” del lenguaje son capaces de transmitir un mensaje en el acto comunicativo.

Sin embargo, no por ello el signo lingüístico deja de estar dotado de *significante*, que es el medio en virtud del cual se manifiesta el signo, su “expresión” o “imagen acústica”, la *unidad física* del signo; así como también de *significado*, correspondiente a su “sentido” o “valor”, que es el contenido o *representación mental* del signo. Con todo, como señalan varios autores, desde Benveniste en adelante, la relación existente entre la asociación del conjunto de sonidos que conforman el signo y su representación mental son fruto de un *aprendizaje colectivo*, lo cual le da su carácter de inmotivado mas no de arbitrario.

Pero también encontramos una serie de relaciones que entrelazan la vía simbólica con el lenguaje. Si bien la primera cumple con una función comunicativa, su carácter esencial es el de plantear o despertar la reflexión, producto de las variadas interpretaciones que pueden hallarse en el esoterismo del símbolo. Este proceso reflexivo sólo puede llevarse a cabo a través del lenguaje, por cuanto cumple una serie de funciones esenciales para el ser humano: comunicar, servir de soporte al pensamiento, ser medio de expresión, soportar la autoafirmación del individuo, así como también lograr sostener una función de carácter estético.

El lenguaje, como tal, tiene por característica esencial el que las expresiones que se producen son *símbolos* o signos de una realidad distinta a la del propio lenguaje, unidas al universo de la realidad de manera incuestionable e imprescindible. Dentro de las propiedades simbólicas del lenguaje es factible encontrar, según Hockett (cit. en Cabrera 1991:37), las de *especialización, semantividad, arbitrariedad, desplazamiento, reflexividad y prevaricación*.

En el caso de la primera propiedad, ésta se refiere a que la emisión de una proposición, de una cadena hablada o texto tienen una repercusión, respecto del acto o referente físico que suponen, sin conexión alguna, esto es, el evento lingüístico en sí no es un hecho de la realidad natural, sino que puede traer como resultado la transformación de un elemento de la misma o de una acción efectuada como resultado de éste.

En cuanto a la *semantividad*, es la propiedad que relaciona al signo lingüístico con el mundo real de manera convencional, es decir, gracias a esta propiedad de significación del lenguaje es posible referirse y actuar en la realidad sin necesidad de “manipularla” directamente; podemos “hacer cosas con palabras” debido a que éstas significan algo diferente a ellas mismas, por lo que conectan a la realidad con el lenguaje de una manera simbólica. Ahora bien, dado que esta referencialidad puede ser infinita, ya que los elementos del universo real lo son y, los componentes que articulan las lenguas son extremadamente limitados, no podemos pensar en que la relación que se produce tenga alguna motivación, más bien tenemos que señalar que ésta es de carácter *arbitrario*, por cuanto no existe ningún rasgo común entre el signo lingüís-

tico —compuesto de un soporte material o significante y de una representación mental o significado— y la realidad a la cual alude; por ejemplo, entre la palabra *avión* y el objeto que representa (Q). Esta característica hace que también el lenguaje posea la propiedad de *economía*, ya que las unidades sígnicas son recombinables y pueden aparecer en distintos contextos, señalando realidades completamente diferentes, sin que ello implique redundancia o “pobreza” del mensaje, sino más bien su capacidad para dar cuenta de una realidad globalizante a través de un medio lineal, acústico-temporal. Entonces, se puede decir que este carácter arbitrario del signo lingüístico se debe a la cualidad *simbólica* del lenguaje en unión con la propiedad de *economía*.

De esta manera, el lenguaje pasa a ser una entidad poseedora de simbolismo, pero de una manera distinta que al de la Tradición, ya que, si bien es cierto es por medio de las palabras que efectuamos la interpretación de los símbolos tradicionales y tratamos de expresar la inconmensurabilidad de su significación, se trata de un elemento en el cual el soporte material es lo variable y el contenido, lo estable, al contrario de lo que sucede con el símbolo en general, ya que la riqueza de éste radica, precisamente, en que su significante permanece a través del tiempo en las distintas culturas y su significado es el que varía, manteniendo un contenido básico, según las diversas interpretaciones que reciba de los individuos o colectivos que analicen la imagen simbólica.

De hecho, existen propiedades simbólicas del lenguaje que no encontramos en otras entidades, como por ejemplo, la cualidad de *desplazamiento*, es decir, el que los signos lingüísticos o textos puedan denotar o connotar referentes no-presenciales en el tiempo ni el espacio, apelando a la capacidad evocadora del significado. Pero también es posible *prevaricar* con el lenguaje, es decir, desconectar la coincidencia de los enunciados emitidos con la situación del mundo real, haciendo que, por tanto, el mensaje sea falso. Sin embargo, esta falsedad no implica que, necesariamente, el mensaje sea “engañoso” en el sentido común de la palabra, sino que, lisa y llanamente, puede ser ficticio, como por ejemplo en el caso de las expresiones artísticas del lenguaje, como en la literatura lo es el cuento, el drama o la poesía, lo cual también supone un uso creativo del lenguaje.

Asimismo, dentro de este ámbito, ningún aspecto escapa a la función simbolizadora del lenguaje, ni siquiera el propio lenguaje, ya que éste se convierte en elemento denotado por él, en lo que entendemos por la propiedad de *reflexividad*. Esto quiere decir que es mediante el propio lenguaje que hacemos referencia a sus características particulares, a su descripción, a su estudio en los diversos aspectos que lo componen y a las mismas expresiones lingüísticas que utilizamos a diario para comunicarnos.

5.- El símbolo: lenguaje específico de la Francmasonería.

La búsqueda de la Verdad a través de las vías iniciáticas y el lenguaje de los símbolos es la esencia misma de la Francmasonería.

Los masones no somos místicos persiguiendo algún Absoluto esotérico ni fieles iluminados de una religión ocultista. La Iniciación masónica es mucho más que una simple ceremonia de recepción; es simbólicamente una muerte y una resurrección. Invita y compromete al nuevo iniciado a ser franco consigo mismo, con sus imperfecciones, a desearse más puro, a despojarse de sus pasiones materiales y de sus prejuicios, a conocer y desplegar las fuerzas espirituales que se encuentran en él, gracias a las cuales puede progresar en el camino hacia el Conocimiento.

El lenguaje simbólico mal comprendido para el profano, no es más que un conjunto embrollado de signos y analogías confusas; pero, si para el francmasón esos símbolos no tienen valores mágicos, sin embargo están cargados de significados y de valores; son un medio práctico de internalizar las ideas, y lejos de imponer un límite al desarrollo del pensamiento, ayudan a través de la libre interpretación, a mejor penetrar en la realidad del mundo en que vivimos.

El simbolismo masónico es un lenguaje comparable al simbolismo matemático; conviene a todos los espíritus, incluso a los más racionales. Lejos de estar superado, encuentra una justificación nueva en los progresos de la psicología y de la sociología modernas que muestran cuanta necesidad tiene el espíritu humano de los símbolos para comprender las realidades de la vida. O tal como señala la Gran Logia en uno de sus documentos sobre la *Enseñanza del Simbolismo en el Grado de Aprendiz*, El mecanismo del símbolo está directamente relacionado con un fenómeno psicológico que interviene en todos los procesos mentales; es la llamada asociación de ideas, pero debemos advertir que puede también el símbolo representar una sola idea.

El Símbolo, en Masonería, ha sido adoptado por su libertad de interpretación, lo que permite, dentro de los límites razonablemente impuestos, una mayor perfección en la personalidad humana, ya que tiende al desarrollo de ella sobre la base de un esfuerzo reflexivo en el libre examen de sus diversas interpretaciones.

Esta capacidad del simbolismo como lenguaje propio de la tradición masónica iniciática, permite al aprendiz avanzar paulatinamente por una serie de conocimientos graduales que implicarán la internalización de un sistema valórico —moral y de autoconocimiento— de gran riqueza y complejidad que pretende estimular en el recién iniciado el perfeccionamiento de su persona, en primer lugar, para que por medio de este desbastamiento de la piedra original de la cantera individual el masón pueda incidir en la sociedad no a través de una pseudo cuota de poder, sino a través de su ejemplo, de sus virtudes humanistas laicas y de sus cualidades que lo distingan más allá de cualquier persona de bien, características que deberán darle el sello que la Orden busca imprimir en todos los HH.:. La enseñanza masónica no es una metafísica. La Iniciación masónica no es una Revelación definitiva de una Verdad única. La vía iniciática brinda al individuo los instrumentos simbólicos indispensables a su perfeccionamiento; no es un dogma sino un método.

En los tres primeros grados, llamados simbólicos o de San Juan, el simbolismo es de una importancia vital, constituyendo la piedra angular sobre la cual se sustenta la Orden, como fuente primordial del legado recibido de quienes nos han antecedido y que, tradicional y culturalmente, sigue siendo la mejor forma de transmitir el pensamiento y enseñanzas de la F.:M.:.

Lo anterior no implica, en caso alguno, que el simbolismo se transforme en un fin en sí mismo, sino que es la manifestación tangible de una idea o fuerza que está velada tras su significante. Es el instrumento *por medio del cual* se manifiestan las ideas y el vehículo que podrá conducirnos a la comprensión y a la identificación de la energía que oculta el lenguaje simbólico de las enseñanzas francmasónicas. La sabia tradición popular reconoce en este sentido que *no hay peor ciego que el que no quiere ver*, esto es, los misterios del simbolismo se revelan a quien *desea* ver más allá de lo visible, de las meras apariencias o de la imagen superficial de las cosas y busca desentrañar los ocultos secretos que poseen las entidades.

La F.:M.: está consciente de que la tradición hermética ha demostrado con creces que éste es el medio más propicio y adecuado a la naturaleza del ser humano, sobre todo a la hora de

transmitir y preservar ideas elevadas y sutiles. Es por ello que ha usado el simbolismo y ha inculcado en los masones la meditación permanente y profunda del sentido que encierran los elementos que representan esta tradición simbólica en todas las actividades, lugares e instrumentos utilizados en las Logias y en los diversos grados.

Al decir de los *Siete Maestros Masones* (1992):

Se nos ha enseñado que todo lo que se manifiesta en el cielo y en la tierra son símbolos diseñados por el Arquitecto para que conozcamos sus planos y sus leyes y nos identifiquemos con su armonía. Se dice que el Cosmos entero es el símbolo de un ser invisible que en él se oculta; y que nuestros templos, contruidos de acuerdo al modelo del Universo, nos permiten conocerlo e identificarnos con él. También se nos muestra que el hombre es un templo; un pequeño universo que contiene dentro de sí todas las posibilidades del Ser; un microcosmos creado a imagen y semejanza del macrocosmos, y que como éste es el símbolo del espíritu invisible que está en todo y que no es otra cosa que la esencia y la suprema identidad. Existe por lo tanto una clara relación analógica Hombre-Templo-Universo, y es por eso que conociendo la significación de nuestras logias, realizando en forma perfecta nuestros ritos de tal manera que vivifiquemos los mitos y los arquetipos visibles en la figura solar del Venerable Maestro y en el simbolismo planetario de los dignatarios, y tratando de interpretar los misterios y secretos de la cosmogonía, estaremos practicando el arte supremo de conocernos a nosotros mismos; el Arte Real que nos permitirá sumarnos a la Gran Obra y realizar la construcción interna y externa que permitirá el restablecimiento de la unidad, la paz y la armonía.

Es por ello que se torna fundamental el profundizar y tomar conciencia del simbolismo y de la tradición que distingue a la Orden desde sus inicios, como forma de comprenderla, asimilar sus principios y llevarlos a la práctica cotidiana.

El lenguaje simbólico es, por otro lado, lo que permite la unidad e identidad de la Orden, ya que siendo uno de sus principios fundamentales la libertad de pensamiento, es de suyo necesario encontrar opiniones divergentes a su interior entre los distintos HH.:.; sin embargo, nos encontramos unidos, precisamente, gracias a los símbolos y a los ritos que nos caracterizan, nos enseñan y nos transmiten esa energía espiritual que hace posible que todos los iniciados de todos los tiempos se reúnan en una comunidad de sentimientos, pensamientos y acciones.

Ese enorme flujo de energía que cada uno de nosotros, como neófitos, recibimos en la Iniciación, debe canalizarse hacia la depuración del yo interior, para desbastar la piedra bruta y contribuir así a la Gran Obra del templo interior decorado A L.:G.:D.:G.:A.:D.:U.:.

6.- Particularidades del símbolo masónico.

El símbolo masónico no sólo nos revela una dimensión oculta de la espiritualidad del ser humano, sino que, en la medida en que vamos madurando progresivamente su comprensión, posibilita asumir conceptos y realidades extramurales, entregándonos una perspectiva distinta en la comprensión de nuestro entorno y, junto con ello, de nosotros mismos.

La simbología específica de la Orden constituye su esencia, ya que de allí procede su étimo, sus principios, su lenguaje, método y doctrina; es decir, negar la simbología es negar el espíritu de la F.:M.:.

Este sistema simbólico tiene una doble articulación: por un lado, la base de la tradición iniciática y, por otro, la especulación basada en el simbolismo. Como el segundo aspecto dice relación con el carácter introspectivo y personal que cada A.: realiza apoyado por las luces del

taller, conviene hacer referencia aquí a la Tradición simbólica heredada por nuestra Orden, ya que como señala Ariza (1991) en relación con el tema que nos ocupa, La estructura simbólica y ritual de la Masonería reconoce numerosas herencias procedentes de las diversas tradiciones que se han ido sucediendo en Occidente durante al menos los últimos dos mil años. Y este hecho, lejos de aparecer como un mero sincretismo, revela en esta Tradición una vitalidad y una capacidad de síntesis y de adaptación doctrinal que le ha valido el nombre de “arca tradicional de los símbolos”. Todas esas herencias se han ido integrando con el transcurso del tiempo en el universo simbólico de la Masonería, amoldándose a su propia idiosincrasia particular.

Herencias simbólicas recibidas de formas tradicionales iniciáticas, algunas de las cuales aún siguen vigentes y de otras que han discontinuado su camino. Es así como de la tradición asociada con el *Hermetismo* la F.: M.: recoge, tal vez, una de las expresiones de mayor riqueza simbólica para el grado de Aprendiz: se trata del simbolismo *alquímico*, cuyos fundamentos son las enseñanzas y vivencias de los procesos de transmutación psicológica que experimentará el profano en el camino de la construcción de su templo interior. En este sentido, el *athanor* alquímico equivale a la *Cámara de Reflexión*. Se trata de un espacio íntimo, cerrado (“hermético”) donde el proceso regenerativo y de “sutilización de la materia” se lleva a cabo. No hay que olvidar que en esta Cámara se hallan, precisamente, los tres elementos básicos de la Alquimia: azufre, mercurio y sal. Asimismo, la sigla¹ VITRIOL (*Visita Interiora Terræ Rectificando Invenies Occultum Lapidem*) y la consigna *Vigilancia y Perseverancia*, aluden a la atención permanente y a la paciencia del alquimista en el proceso de transmutación de la “materia caótica”. Hay que considerar, también, que las leyes de correspondencia y analogía de la tradición hermética están contenidas y sintetizadas en el esquema de la Logia, como representación simbólica del mundo.

Otra corriente que ha aportado una impronta significativa en los símbolos de la Orden ha sido la *Pitagórica*. Allí está el *pentalfa*, símbolo del hombre transmutado y que derivó, por consecuencia, como identificación del Humanismo. Así también, y con mucha más relevancias quizás, encontramos en la Orden una gran presencia de la *aritmética sagrada*, no por nada los masones, al comunicarse, se reconocen, entre otras cosas, P.:L.:N.:Q.:N.:S.:C.:², colocando el énfasis en el valor cualitativo de los números, en relación con el simbolismo geométrico y, evidentemente, con la construcción del templo exterior e interior. No es casual que la Unidad pitagórica se simbolice en Apolo, dios de la música, de la poesía y de la medicina, ya que para estas tres disciplinas el número y la geometría son sus bases primordiales, así el dios es el geómetra por excelencia y el representante de la Armonía Universal, al igual que para nosotros lo es el G.:A.:D.:U.:. En este punto, también cabe destacar un símbolo de especial significado para el grado de Aprendiz, como es el de la *tetraktys*, el cual será analizado más adelante.

La F.:M.: también posee una herencia particular de la tradición judeo-cristiana. Desde el *Cristianismo* se han incorporado significativos elementos en el ritual y en la doctrina, favorecidos por la comunión mantenida entre los gremios constructores de la Edad Media, con las órdenes religiosas y caballerescas, muy en especial con la del Temple. Esto no dice relación con el catolicismo o con alguna derivación específica de una u otra rama del cristianismo, sino que guarda vínculo directo con el esoterismo cristiano, que no podemos desconocer en nuestra Orden, ya que haría incompleta nuestra apreciación de los símbolos que en ella encon-

¹ (Nota de MAFF: mejor se definiría como acrónimo,)

² (Nota de MAFF: Por los números que nos son conocidos)

tramos. De la *Kábbalah* se ha recogido, esencialmente, las *palabras de paso* y las *palabras sagradas*. Por otro lado, no podemos olvidar que la simbólica de la Logia se halla basada en el diseño y construcción del Templo de Salomón, de donde se rescata, además, la leyenda de Hiram.

Por otro lado, ya ahora entrando en el campo específico de la F.:M.:., Ariza (1991) nos recuerda que “Como tradición sagrada que es, la riqueza simbólica de la Masonería promueve en el hombre la búsqueda del conocimiento de sí mismo, a la par que le ofrece los medios y los métodos para acceder a él, los cuales fundamentalmente se expresan como una didáctica que facilita el despertar de la conciencia, a la que restituye el recuerdo de su dimensión universal”.

Así, el autor clasifica los elementos de este sistema docente en:

a) Símbolos *visuales y gráficos*; b) símbolos *sonoros y vocales*; y c) símbolos *gestuales o ritos*.

Entre los de la primera categoría se hallan los relacionados con la geometría, derivados, por supuesto, del oficio de constructor. Destaca en ellos el *cuadro de Logia*, síntesis simbólica que encuadra una serie de elementos de carácter sagrado, cuya finalidad es servir al iniciado para la contemplación y reflexión, generando en él una visión y un conocimiento de su propia realidad interior por medio de la relación con el mundo.

Asimismo, en cada cuadro de Logia se encuentran las herramientas propias con las que el G.:A.:D.:U.: construye la Armonía Universal, las mismas que el masón debe utilizar para la construcción de su templo interior. Éstas son el mazo y el cincel, el nivel y la plomada, la regla de 24 divisiones, el compás y la escuadra. También podemos apreciar el Delta, el pentalfa, el sol y la luna, la piedra bruta y la piedra cúbica, así como el pavimento mosaico y el frontis del templo con sus columnas J.: y B.:.

En relación con los símbolos de la segunda categoría, aquí encontramos, como mencionamos anteriormente, las *palabras sagradas* y las *palabras de paso*, así como las *leyendas iniciáticas*. Las primeras dicen relación con la “búsqueda de la Palabra perdida”, que constituye la armonía del ser en la unidad trascendental, el Verbo creador de los orígenes, con lo cual su articulación sonora tiene una finalidad similar a la de los mantras.

En tanto, las segundas, se refieren más bien a una interioridad hermética que es develada y permite la apertura de un espacio y tiempo interior sagrado y cualitativo, vinculado al principio valorativo de los números y de la ciencia de los nombres. Finalmente, las leyendas son modelos para el iniciado que permiten la constitución de una identidad y una actualización de la memoria colectiva.

Ahora bien, en la tercera categoría, se hallan los ritos que son “una serie de gestos y posturas corporales que 'fijan' en el plano psicosomático del ser la energía-fuerza que precisamente el símbolo geométrico vehicula” (González 1985-1988), es decir, el significado pleno del simbolismo se alcanza a través de la internalización y seguimiento del ritual. Ya dijimos antes que no se trata esto de una mera acción especulativa, sino que ésta debe hacerse operativa en nuestra vida cotidiana. No es un tema menor, en Logia, por tanto, el de la indumentaria *ad hoc* para cada tenida que se celebra. Como ya lo han comprobado las diversas corrientes iniciáticas que han existido a través del tiempo, así como en nuestra tradición occidental lo han

hecho las diversas órdenes religiosas y caballeresco-monásticas, la acción de la investidura, es decir, el mudar los ropajes con la finalidad de prepararse para el inicio del ritual sagrado, tiene la finalidad de ir colocando en sintonía al iniciado con el proceso de concentración y meditación que se avecina; es la preparación del cuerpo —que debe acompañar a la mente y al espíritu— para la representación de los aspectos esotéricos de la Tradición, no sólo prestando atención a los símbolos que hallamos en el Taller, sino que *formando parte* de esos mismos símbolos, que son un todo integral con nuestros *signos, palabras y tocamientos*. En última instancia, es deshacerse de la máscara profana para adentrarse en la interioridad de la geometría sagrada, al decir de la sentencia platónica. Podemos ver, además, que el rito se adentra en las profundidades del tiempo y del espacio: trabajamos desde el mediodía (cénit solar) hasta la medianoche (cénit polar), siguiendo la dirección de los cuatro puntos cardinales, los cuales simbolizan diversos grados de perfección, según sea el alcance de la luz obtenidos (de Oriente a Occidente y de Mediodía a Septentrión). Estas leyes que unen macrocosmos y microcosmos dan cuenta de la estructura a la vez circular y cruciforme representada en el Taller.

El eje común de estas categorizaciones, evidentemente, es el de la ciencia cualitativa numérica que vehicula la manifestación de la armonía interior del iniciado.

7.- Símbolos fundamentales y específicos del Primer Grado.

Como se ha señalado con anterioridad, sólo en la consideración ritual de los símbolos es posible alcanzar el significado de lo esotérico, de la transmisión de los misterios dirigidos al Aprendiz. En la intimidad del templo interior es que debemos buscar la compatibilidad de la armonía entre las enseñanzas de la Tradición y nuestra experiencia respecto de los símbolos.

Sólo así seremos piedras angulares, también, del “templo exterior”, social, sintonizando la obra universal del G.:A.:D.:U.: Para la reflexión, una visión de los principales elementos que acompañarán al A.:M.: durante su proceso de maduración espiritual. Para tratar de ordenar la visión, se ha dividido este punto en tres partes:

a) Herramientas del grado; b) Símbolos principales de la Iniciación, y c) Logia.

a) Herramientas del grado.

Corresponden al simbolismo operativo de la F.:M.:, herencia de las sociedades de constructores medievales, y pretenden ser una guía del Aprendiz en su labor de desentrañar la duda filosófica que se hace prender en el espíritu del iniciado, en relación con todos aquellos asuntos que no han sido analizados por él mismo, así como en sus esfuerzos por salir de las tinieblas de la ignorancia, con el fin de vivir y conquistar su propia dignidad. En este sentido es necesario destacar cuatro elementos consustanciales de esta edad simbólica: *la piedra bruta, el mazo, el cincel y el mandil.*

· La Piedra Bruta:

Es el material original, natural, con el cual trabajaban los aprendices de constructores, procedente de las raíces de la cantera, el cual debía ser moldeado para servir de base al edificio diseñado y decorado por maestros y compañeros. Simbólicamente, expresa dos perspectivas diversas, por una parte, la naturaleza basta, tosca e imperfecta del profano; por otro, debido a su aspecto de solidez y estabilidad, la presencia de lo divino en torno de lo creado, justamente por ser considerada la materia prima de la naturaleza y, por su carácter de indestructible —en relación con los demás elementos de construcción utilizados hasta antes de la piedra— pre-

sentar una percepción de eternidad. Sin embargo, en la construcción del templo se requiere ya no de la materia prima —la que haría de dicha “edificación” un elemento inestable y fácilmente derrumbable— sino de una ordenación del caos profano, rediseñado por medio de las reglas y métodos del Arte Real. Dice Trejos et al. (1985-1988) al respecto que,

Al pulir la piedra bruta, el aprendiz constructor estaba realizando un trabajo y un gesto ritual consigo mismo. La piedra era él mismo, y la transformación de ésta, en piedra tallada y cúbica, simbolizaba la transmutación cualitativa de todo su ser.

Se trata del pulimiento de la materia que procede de la misma madre tierra, que ha pasado por esa “cueva iniciática” representada por la Cámara de Reflexión y que al salir a la luz necesita desbastar sus aristas.

· El Mazo y el Cincel:

Son las principales herramientas del A.:M.:, utilizadas para desbastar la piedra bruta, o mejor, esa “conciencia sometida aún a las influencias negativas del mundo profano”. En este sentido, mazo y cincel simbolizan, respectivamente, la energía activa que conduce la voluntad del A.: y la energía pasiva de la recta intención de salir desde las tinieblas a la luz —como ya nos recordaba Dante al encontrarse con Virgilio casi a las puertas del Infierno—, cualidades fundamentales en el inicio del proceso de las purificaciones que nos han sido manifestadas por los tres viajes misteriosos, como comentaremos más adelante. Tal como el vate mantuano ya lo señalaba a su discípulo florentino, este camino de regeneración del alma humana es imposible de conducir sin la acción constante y efectiva de un deseo de la voluntad, que ordene el caos interior de nuestra piedra bruta. Sin embargo, si sólo nos dejásemos llevar por la mera voluntad, sería fácil perder el camino —como le sucede a Dante—, por lo cual esta “fuerza original” es modelada, canalizada y dirigida por medio del cincel, que orienta esta energía adecuadamente —Virgilio, en nuestro ejemplo— por medio de un acto de “rigor intelectual”, entendiendo éste como una *distinción* entre lo armónico con la esencia de su naturaleza de lo que es “máscara” o ilusión pasajera.

Con estas herramientas, voluntad e inteligencia, mazo y cincel, el aprendiz lima las asperezas de su piedra bruta, separando la materia informe o “espesa” de la sutil, operación que no sólo corresponde al trabajo de Logia, sino a un desarrollo cotidiano, por cuanto constituye la base fundamental del proceso iniciático. Ambos instrumentos son inseparables y de una inutilidad absoluta si no son parte de la acción en la misma obra.

· El Mandil:

Parte esencial de la investidura masónica durante la iniciación —así como los guantes—, constituye una herencia directa de la operatividad medieval y es un símbolo que nos lleva a la idea de estar consagrado íntegramente al *trabajo*, tal como nos lo recuerda el lema de aquellas corporaciones de canteros *ora et labora*. Este trabajo no es otra cosa que la cooperación consciente con la obra del G.:A.:D.:U.:. Con todo, hay que tener plena conciencia de que el mandil **no** es sólo un uniforme. Relegarlo a esta categoría implica ir dejando de lado toda la riqueza del simbolismo que nos entrega la Orden, junto con pretender una pseudoigualdad basada en íconos y ropas. El mandil nos reúne en torno de principios, participación, unión y trabajo, no de banalidades, oropeles y búsqueda de reconocimiento.

Esta parte de la vestimenta de trabajo cubre la parte delantera del cuerpo —de ahí que también pueda llamársela *delantal*—, principio activo, masculino, anudado o cerrado en la parte posterior, pasiva, que corresponde a lo receptivo, equilibrados en el centro de la energía, re-

presentado por el masón mismo. Esta tradición procede de antiguos orígenes de las más variadas culturas y religiones, en las cuales se entendía que esta zona del cuerpo correspondía al alojamiento de los instintos animales, por lo cual debe cubrirse en virtud del desbastamiento espiritual.

Tradicionalmente confeccionado en piel de cordero, por ende de color blanco —ambos símbolos de la inocencia—, Souzenelle (1991:44) reflexiona sobre él, diciendo que: “La piel es, en hebreo, lo 'aún sin luz'; constituye la experiencia de las tinieblas que prepara y precede a la luz”, es decir, el A.: realiza el camino desde las tinieblas en que se encuentra hacia la luz del conocimiento metafísico. Esto también se vincula con su forma, compuesta de un cuadrado y de un triángulo. Recordando la tradición original de esta vestimenta operativa, el cuadrado cubría parte de las piernas y del abdomen —los instintos— y la triangular, la región torácica —las pasiones y emociones—, zonas que el A.: deberá ir puliendo a medida que avanza su trabajo de desbastado interno.

El cuadrado, por tanto, se orienta hacia la representación del cuerpo (tierra, materia y esencia). El triángulo, a su vez, constituye el alma masónica y, el espíritu, como ya señalamos, el propio masón. Entre los significados que se atribuyen al triángulo que compone el mandil de 1er grado, señalamos sólo algunos, a modo de camino de reflexión: Inteligencia, espíritu e instinto humano; (controlar) carácter, lengua y conducta; (estimar) rectitud, valor y gratitud; (meditar) vida, muerte y eternidad; (evitar) pereza, barbarie e ignorancia; (admirar) voluntad, dignidad y lealtad; (adoptar) libertad, igualdad y fraternidad; sabiduría, fuerza y belleza; salud, fuerza y unión.

b) Símbolos principales de la Iniciación.

En esta sección se tratarán aquellos símbolos que tal vez estén más cercanos a la vía iniciática del A.:M.:. Se entiende que este grado es la base sobre la cual se construirá toda la comprensión de los principios, valores y acciones de la F.:M.:. Aquí sólo daremos una visión introductoria de algunos de ellos, relevantes para la meditación del simbolismo masónico.

. Cámara de reflexión:

Despojado de todo lo material y de los oropeles (metales), el profano se encuentra solo con sus valores ante una primera aproximación simbólica que lo invita a meditar sobre las vanidades de la existencia y le advierte respecto de la mera curiosidad de su acercamiento a la Orden.

Siendo el lugar en que el profano se prepara para la iniciación equivale, como dijimos anteriormente, al *athanor* alquímico, donde el A.: experimentará la transmutación, mediante la conjugación y ordenamiento de las energías sutiles. El profano “desciende a los infiernos”, debe morir primero, para luego “resucitar” y alcanzar la luz de la Iniciación. Allí se dejará el tráfigo del mundo exterior, habrá un recogimiento interior, como la matriz original, para surgir desde el fondo de la tierra (la materia densa, caótica) hacia lo sutil del espíritu.

Este lugar es representación, además, del macrocosmos y del microcosmos, es decir, del universo y del hombre. En él se manifiestan cuatro niveles o planos superpuestos, donde se encuentran los elementos básicos en la Alquimia —agua, fuego, aire y tierra—. El primer nivel es el del fuego primordial para la obra de transmutación; en los dos siguientes, las sustancias transformadoras y, en el cuarto, la sutilidad de los gases, relacionados con la trascendencia.

No olvidemos que en este cuarto podemos leer la sigla VITRIOL, la cual nos invita, precisamente, a “visitar las entrañas de la tierra”, es decir, a efectuar una introspección de nuestra personalidad para ser capaces de “rectificar”, separar lo denso de lo sutil, y así hallar la “piedra oculta” de los filósofos, la verdadera *piedra filosofal*, donde reside la real capacidad de transmutación del profano —plomo, piedra original— hacia el masón —oro, piedra cúbica—, convirtiendo, de esta manera, al hombre en el objeto de la Gran Obra.

· *Los viajes misteriosos:*

En sentido estricto, estaríamos hablando de 4 viajes, por cuanto el primero ha comenzado en el cuarto de reflexiones y corresponde al viaje desde las entrañas de la tierra, ya que no olvidemos la relación existente con los elementos alquímicos. De ahí que los viajes o “purificaciones” sucesivas correspondan al aire, al agua y al fuego, concordando todos ellos con la materia, la sensibilidad, la intelectualidad y el entusiasmo, o también con los períodos de la vida humana (infancia, adolescencia, madurez y ancianidad).

El candidato ha sido preparado para iniciar este recorrido, con el corazón a descubierto, la rodilla derecha al desnudo y el pie izquierdo descalzo, simbolizando la falta de egoísmo, humildad frente a la búsqueda de la verdad y el respeto —según el uso oriental— al pisar suelo sagrado. Aún permanece unido al mundo profano, representado por el dogal que está ceñido en su cuello, antes de atravesar las puertas del templo, a las cuales llama caóticamente, pero su ingreso no es erguido, como antes su paso por el mundo, sino que debe inclinarse profundamente, ya que sólo la humildad es compañera de la verdadera ciencia.

En estas condiciones está preparado para iniciar las “purificaciones” de la materia caótica que reina en el alma del profano. Cada una de estas pruebas tiene por objeto demostrar, simbólicamente, al futuro A.: las dificultades con las cuales tendrá que luchar para avanzar en el camino hacia la luz.

En el primero de estos viajes, el profano lucha contra las tinieblas y la opinión del mundo que lo hacen vacilar. Representa más fielmente el viaje inicial de Dante, cuando perdido en la mañana del bosque de las pasiones está a punto de zozobrar, antes de ser guiado por la mano experta de su maestro Virgilio. Asimismo, el A.: puede dejarse llevar por los obstáculos de esta fatiga larga y penosa, producto de la extrema confianza en el pensamiento profano. Es el camino de Occidente a Oriente, el que en todo momento puede derribar al Aprendiz que rápidamente confía en sí mismo y cree haber descubierto la verdad.

Será derribado de la torre de sus ilusiones por tormentas impetuosas que lo volverán drásticamente al punto de inicio, si no cuenta con el brazo fraternal de un maestro que lo guíe.

En el segundo viaje o purificación por el agua, el candidato avanza con la desconfianza propia de quien ha sucumbido al primer intento de abordar la aventura con pasos aún profanos, marchando con paso irregular por el antiguo camino. El temor lo hace retroceder inclusive cuando en el horizonte tiene destellos de luminosidad. Así, debe ser sometido a un primer bautismo, de carácter filosófico, por medio del agua. Es una primera señal que lava las impurezas, así como Juan el Bautista precedió a la luz iniciática de Cristo mediante el símbolo del baño purificador que lava el cuerpo y el alma. Pero estas aguas también pueden arrastrarnos en el fragor de la vida diaria, de ahí que se escuche ruido de armas, para indicarnos la lucha constante contra la ambición, los egoísmos, la adulación y los odios del mundo profano.

Sin embargo, esto no basta para alcanzar la iniciación. En referencia al libro sagrado del cristianismo, podemos asimilar este paso tal como lo menciona Lc 3, 16: “Juan respondió a todos, diciendo: Yo os bautizo en agua, pero llegando está otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de soltarle la correa de las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego”.

El bautismo por el fuego ha representado en todas las tradiciones iniciáticas la sublimación de la materia al espíritu. Se avanza con tranquilidad aun cuando se sienta el calor de las llamas que rodean al candidato, símbolo de las pasiones y el entusiasmo, a las que se oponen la calma y la serenidad de la reflexión, alcanzadas por medio de la perseverancia del trabajo cotidiano en la Obra constructora.

· Las tres luces:

Las tres grandes luces que iluminan los trabajos de un taller son: el *Libro de la Ley Sagrada*, el *Compás* y la *Escuadra*. En el primer grado, la Escuadra está en la mira de todos los HH.: sobre el Ara, apoyada en el Compás el cual, a su vez, se sostiene en el Libro Sagrado. De este modo, se establece —otra vez más— una relación ternaria, esta vez entre la Ley Universal que se halla en el plano más interior; el Compás, que sitúa en una posición intermedia el corazón del masón respecto del eje del Ser; y la Escuadra, símbolo del trabajo masónico concebido como contemplación del arquetipo interior, en el lugar más evidente.

El volumen de la Ley Sagrada no se refiere a un texto en particular, sino a uno que, siendo reconocido por todos los HH.: , represente el “Verbo divino en lenguaje humano”, o parafraseando a John Austin, el “acto perlocutivo” de la divinidad, pues, recordemos que no es coincidencia que, en el ritual de 1er grado, el Compás y la Escuadra se hallen sobre el Prólogo del Evangelio de San Juan, el que nos dice en los vers. 1-4:

*Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.*

El estaba al principio en Dios.

Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.

En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Sin embargo, el Libro Sagrado puede ser cualquiera de los tradicionales, los cuales se adecuan a la naturaleza y disposiciones del pueblo o cultura a la que se dirige, ya que su carácter universal en cuanto a principios expresa lo que también se ha llamado *Libro del Mundo* o *Libro de Vida*. Este Libro, según Vâlsan (1969), sería también símbolo del Ser Humano Universal y las páginas del mismo, representarían los diversos grados del Conocimiento.

Así como el Verbo crea —cualidad que no sólo tiene la palabra divina, sino que la palabra en general, que es acción y sustancia— así en Logia, en la apertura de los trabajos, el Libro Sagrado sostiene a la pareja formada por el Compás y la Escuadra, herramientas con las que el G.:A.:D.:U.: planifica y diseña, por medio del Arte Real, la Gran Obra. Ambos instrumentos encarnan, tal como muchos otros, los principios activos y pasivos de las energías presentes en todo el accionar humano.

Así, el Compás es dinámico, móvil, tal como la esfera, el círculo y el Cielo. Este instrumento se ubica en posición vertical respecto del plano sobre el que se trabaja, representando el *yang* o principio activo masculino. A su vez, la Escuadra se utiliza como elemento fijo, al igual que el cubo, el cuadrado y la Tierra, siendo modelos de estabilidad, por lo que representan un principio receptivo, el *yin* de lo pasivo femenino.

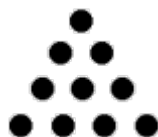
El compás es un instrumento de “medida”, que sirve para trazar los límites que conforman la Armonía celeste, ya que permite realizar todas las operaciones necesarias para que, a partir del ámbito solar que representa al Ser Universal —o G.:A.:D.:U.: para la F.:M.:— éste lleve a la “Actividad celeste a medir, en la Receptividad terrestre, la parte susceptible de responderle” (cfr. Ariza, 1991). Con este elemento se trazan, en sentido amplio, aquellos límites de orden moral que no deben transgredirse, pues forman parte de la construcción de la Armonía a la cual se ha hecho alusión.

En cuanto a la Escuadra, por un principio de complementariedad con el símbolo del Compás, representaría al elemento Tierra, asociado al cuaternario de los elementos alquímicos, presentes en la Cámara de Reflexión y en la simbología del tetraktis, por cuanto hacen alusión al *cuaternario* —escuadra y cuadrado, como parte del mismo grupo de vocablos construidos por derivación—. También podemos decir que los extremos de la escuadra tienen una proporción de 3 y 4 unidades de longitud geométrica (3:4), distantes entre ellas por 5 unidades, con lo cual aparece una nueva tríada constituida por los números 3:4:5, correspondientes a las mismas proporciones que tenía el Triángulo egipcio, el cual permitía a sus constructores determinar cámaras y recintos cuadrados, utilizando la cuerda de 12 nudos (3+4+5), cuya analogía podemos encontrar en el templo, representada por aquellos signos zodiacales que circundan sus paredes y que enmarcan el curso solar, en la misma medida que siguen los pasos del masón en Lo:.. Ambos elementos se superponen, en el grado de Aprendiz, formando un cuadrilátero.

En tanto, la reunión de esta tríada en el inicio de los trabajos, representan un primer principio del cual derivan los otros dos; ontológicamente hablando, se trata del Ser Universal de cuya polarización surgen la *esencia* y la *substancia*, polos activo y pasivo de aquella manifestación del G.:A.:D.:U.:, ya que al estar situados en la apertura de los trabajos logiales, constituyen una imagen del cosmos en un lugar donde converge la luz —el ara, que por este motivo debe estar situada en el centro mismo de la Lo\|. Estos tres principios acompañan la actividad de toda la existencia, por lo cual se hace evidente que se hallen en el punto que los sitúa el ritual.

· Tetraktys:

Es quizás el símbolo que más pronto se relaciona con la F.:M.:, pero tal vez por esto mismo sea también el que más cuesta comprender. Para el grado de Aprendiz, la simbología indica el estudio del número 3, base para el iniciado, que se expresa mediante la característica imagen de ∴ la que, en realidad, es la abreviatura —por decirlo de alguna manera— de un triángulo de 10 puntos, colocados sobre cuatro líneas, de manera que del número 3 derivamos el cuaternario, de la siguiente manera:



Esta conformación representa la *unidad*, como imagen de lo divino, del origen de todas las cosas o ser inmanifestado y, por analogía, al G.:A.:D.:U.: —en la tradición helenista, el *andrógino* originario—; posteriormente, pasamos a la *díada*, origen del dualismo interno de todos los seres, como desdoblamiento del punto de origen y que representa los conceptos de lo activo y lo pasivo, de lo masculino y lo femenino. El siguiente componente es la *tríada*, que denota los tres niveles del mundo: el celeste, el terrestre y el infernal, así como todas las trinitades que en él hallamos y, finalmente, el *cuaternario*, que nos remonta nuevamente a la

Alquimia, ya que encarna a los cuatro elementos básicos —tierra, aire, fuego y agua— y, por su intermedio, a la multiplicidad del universo material.

La importancia del estudio de la aritmética pitagórica, fundamento de la simbología masónica numerológica, en relación con el número tres, número del grado de A.:, queda ampliamente demostrada en las afirmaciones que hace Reghini (1981) donde el autor señala que La aritmética, la pitagórica también, conlleva tres operaciones directas: la suma, la multiplicación y la elevación a la potencia, acompañadas de tres operaciones inversas. Ahora bien, el producto de la unidad por ella misma es también la unidad, y una potencia de la unidad es también la unidad. Así pues, sólo la suma permite el paso de la unidad a la dualidad. Lo que significa que para obtener dos, hay que admitir que pueda haber dos unidades, por consiguiente tener ya el concepto de dos, ya sea que la mónada pueda perder su carácter de unicidad, que pueda diferenciarse, ya sea que pueda haber una doble unidad o una multiplicidad de la unidad.

Filosóficamente se plantea el problema del monismo y del dualismo, metafísicamente el del Ser y de su representación, biológicamente el problema de la célula y de su reproducción.

/.../ Admitida la posibilidad de la suma de la unidad, se obtiene el dos, representado por los dos puntos extremos de una recta, y se puede continuar añadiendo unidades y obtener, sucesivamente, todos los números representados por dos, tres, cuatro... puntos alineados. Se obtiene de esta manera el desarrollo lineal de los números. Aparte del dos, que no puede obtenerse más que por la suma de dos unidades, todos los números enteros pueden ser considerados como suma de otros números: por ejemplo, cinco es $5 = 1 + 1 + 1 + 1 + 1$; pero también $5 = 1 + 4$ y $5 = 2 + 3$. El uno y el dos no gozan de esta propiedad general de los números. Es por esto, que, al igual que la unidad, el dos no era para los antiguos pitagóricos un número sino el principio de los números pares. Esta concepción se perdió más tarde, pues Platón habla del dos como "pareja" y Aristóteles como del único primero número par. Tres a su vez no puede ser considerado más que como la suma de uno y de dos; mientras que todos los otros números no son solamente la suma de varias unidades sino también la de dos partes, ambas diferentes de la unidad. Algunos pueden ser considerados como la suma de dos partes iguales entre ellas, como dos es la suma de dos unidades, y, en razón de esta similitud con el dos, (la pareja = amphi), tienen el nombre de los números pares; así por ejemplo: $4 = 2 + 2$ y $6 = 3 + 3$, etc., son números pares, mientras que los otros, como tres y cinco, no son la suma de dos partes o de dos términos iguales y se llaman números impares. Así pues la tríada 1, 2, 3 goza de propiedades que no tienen los números superiores a 3.

El conjunto originario representado por el *tetraktis* pitagórico da paso a la década, la totalidad del Universo, ya que al realizar la transposición de esos cuatro planos a nivel numérico, obtenemos $1 + 2 + 3 + 4 = 10$, lo que es igual a $1 + 0$, es decir, retornamos nuevamente a la Unidad, con lo cual se completa la circularidad del Universo, trazada por el Compás que ya la Tradición antigua representaba en el *Ouroboros*.

· *Marcha, toque y signo:*

Otra tríada que es ineludible a la vida simbólica de todo M.:. La *marcha* del A.: se inicia entre columnas, es decir, de Occidente a Oriente, connotando el camino que va desde la oscuridad hacia la luz. Este avance debe ir precedido por la postura inicial, en el momento de "es cuadrar" la marcha, es decir, colocar una *medida* —o espacio que debemos poseer para la Justicia y la Belleza, para el Bien y la Rectitud—, adoptar una *disposición* —o sea, una voluntad cierta para ir en pos del fin deseado— y atender a una *advertencia* —la de que siempre frente a nosotros hallaremos dos caminos: el de la Verdad y el del Error, los cuales debemos reconocer para evitar el tener que deshacer el camino andado.

En este sentido, cabe recordar el instructivo para el Grado (p.16), donde se dice respecto del significado de la Marcha Que el Aprendiz Masón, al ser Iniciado, ha sido puesto en la línea recta, y que debe mostrar su celo para vencer las dificultades y no apartarse del camino que lo lleva hacia el que nos ilumina.

Por otra parte, en el momento de la Iniciación, se nos enseña el *toque* con el cual nos reconocemos entre HH.: y se nos entrega, junto con éste, la palabra sagrada del grado (B.:). Toque y palabra serán los elementos con los cuales se nos identificará como F.:M.: y como pertenecientes a un determinado grado; también simbolizan la disposición del iniciado frente a sus hermanos y a la sociedad profana, tanto de obra como de palabra, ya que se le reconocerá “por su manera de actuar, siempre justa y franca” y “por su lenguaje leal y sincero”.

Debemos recordar que, en el retejador del grado, se nos señala que los *signos* de los masones se hacen por *Escuadra*, *Nivel* y *Perpendicular*, es decir, El Masón en sus actos, debe inspirarse en ideas de justicia y equidad (Escuadra); tender a la supresión de las desigualdades arbitrarias (Nivel); y contribuir por fin, a elevar siempre el nivel social (Perpendicular).

Específicamente, en el grado de A.:, el signo se realiza colocando la mano derecha en posición de escuadra con el ángulo recto cubriendo la laringe (“nuez” o “manzana de Adán”), en señal de que el aprendiz debe “vencer sus pasiones, someter su voluntad y hacer nuevos progresos en Masonería; debiendo permanecer silencioso voluntariamente, no por incapacidad de expresarse”. Esta disciplina del silencio es fundamental en el proceso de reflexión e introspección, tal como han dado cuenta todas las tradiciones iniciáticas antiguas, desde las milenarias egipcias hasta nuestra tradición templaria, donde todo iniciado pasaba 3 años sin mediar palabra, en proceso contemplativo y de maduración espiritual —en el caso templario la reflexión se hacía en torno del símbolo del Baphomet— que permitiría al novicio avanzar hacia una etapa posterior de perfeccionamiento.

c) La logia.

Sin lugar a dudas, uno de los símbolos más importantes para quien ingresa en la Orden lo constituye el Templo masónico o Logia. Este recinto es un espacio sagrado, donde se trabaja A.:L.:G.:D.:G.:A.:D.:U.:, y establece la separación existente entre el mundo profano y el taller.

Más que un ícono material se trata de un concepto espiritual que representa el templo interior, el cual crea un espacio íntimo y atemporal. Sin embargo, la simbólica del recinto no es menor en la construcción de esta obra espiritual y nos recuerda, según la tradición, al Templo de Salomón, consagrado al servicio de Dios en Jerusalén. Recordando las palabras de los Siete Maestros Masones (1992), podemos decir que La caverna-templo masónico es la matriz, el *athanor* hermético donde se renace a la vida espiritual. Este renacimiento está tan solo mediado por la correcta e inteligente utilización de los instrumentos de geometría y de construcción que se encuentran en su interior. Estos instrumentos son símbolos, útiles apropiados para edificar nuestro propio Templo interior, y que como tales son portadores de un mensaje salvífico que nos regenera en tanto seamos capaces de descifrar su significado espiritual.

De esta manera, las tradiciones de los Gremios de constructores basaban su modelo arquitectónico en la representación de la creación del mundo. Por ello, todos los templos y recintos sagrados, en general, se construían sobre la base de la observación del macro y microcosmos a manera de prototipo. De ahí que la Tierra se represente por la planta del edificio, determinada

por la cruz de los ejes cardinales, en cuyos ángulos intermedios se emplazaban las cuatro basas, piedras de fundación o *landmarks*.

Arquitectónicamente, la logia está trazada sobre la base de un paralelepípedo rectangular, que en sentido estricto serían dos cuadrados o, en volumen, dos cubos superpuestos, ya que esta figura es la que representa al Universo. Se hace el ingreso a la Lo.: por el lado Oeste (Occidente), según el modelo clásico y no del templo salomónico, y la orientación del mismo es de Oriente a Occidente (Este a Oeste), siguiendo en esto a los más antiguos cultos donde se representaba a la divinidad con carácter solar, ya que, al asimilarlo a la fuente de la vida por analogía se interpreta como la inteligencia cósmica de la creación.

En todo caso, la luz del amanecer se proyecta desde el Oriente —sitial del V.:M.:— hacia el Altar, que en el templo salomónico representaba la universalidad del mensaje del Arca de la Alianza. Por ello, el acceso se realiza en sentido contrario, pues se marcha hacia la Luz.

En este orden de cosas, los aprendices se ubican en el costado del muro Norte de la Lo., pues es el sitio de menor luz y calor del Sol, el que dirige con mayor intensidad sus rayos hacia el Sur. El aprendiz viene de las tinieblas del mundo profano y aún debe pasar por una larga etapa preparatoria antes de que su etapa iniciática rinda frutos y se encuentre preparado para recibir más directamente la claridad sin deslumbrarse por ello, como nos lo simboliza el ritual de Iniciación.

El Templo masónico, al igual que el de Salomón, cristaliza el Arquetipo de la análoga estructura cósmica, resultado de las correspondencias y leyes que gobiernan la realidad universal. Por lo tanto, en la Logia nada está situado al azar o de modo meramente ornamental, sino que muy por el contrario, cada símbolo manifiesto y cada gesto ritualístico representan una nota más en la Armonía del Mundo. Por ello, las dimensiones de la Logia son las del Universo, como nos recuerda el Manual de Instrucción del grado:

P.— ¿Cuál es la forma de la Logia?

R.— Un paralelepípedo rectangular.

P.— ¿Cuáles son sus dimensiones?

R.— En el largo, de Oriente a Occidente; en el ancho de Sur a Norte; y en el alto de Zenith a Nadir.

P.— ¿Qué quieren decir estas dimensiones?

R.— Que la Logia, es la imagen del Cosmos; y que la Francmasonería es Universal.

Estas direcciones surgen de la irradiación del punto central de la Logia que es el Ara, creando un sistema de coordenadas que conforman la cruz de tres dimensiones, de donde la geometría implícita se refiere a la espiritualidad tal como ya la anunciaba Pitágoras. Dichas direccionalidades también se consideran, en el plano cosmológico y psicológico, como símbolo de las diversas cualidades y tendencias incluidas en la naturaleza de los seres y del Universo mismo.

Estas tendencias serían de orden *ascendente*, *descendente* y *cruzadas*. Las primeras sugieren la aspiración del iniciado por alcanzar la evolución vertical hacia la perfección del ser, en la búsqueda de lo uno y eterno, tal como hace Dante en la medida en que avanza por los círculos del Cielo, con distintos grados de iluminación. A su vez, la tendencia descendente indica la caída en la materialidad y en la naturaleza instintiva, la cual se halla desde el punto eje hacia el centro de la tierra, representada por el descenso a los infiernos, donde el poeta florentino se encuentra con un florilegio de las pasiones humanas, propias del mundo profano. A su vez, el

cruce de los ejes del plano Oriental-Occidental, Septentrional-Meridional simboliza el plano de la manifestación y desarrollo de todas las posibilidades contenidas en el estado potencial de cualquier ser. Estas cuatro direcciones (centro-zenit; centro-nadir; oriente-occidente; norte-sur) enmarcan toda nuestra existencia terrestre y, por lo tanto, los trabajos de la logia.

En conexión con esto, hallamos el *pavimento mosaico*, formado por la alternancia de cuadrados blancos y negros —como los del tablero de ajedrez— en una intersección de líneas verticales y horizontales que representan, nuevamente, las energías celestes y terrestres en constante interacción, dando paso a la correlación de fuerzas pasivas/femeninas - activas/masculinas que se hallan en todo ser vivo. Es, a su vez, imagen de todas las dimensiones de la vida, sus claroscuros, en los que el iniciado debe vislumbrar su propio laberinto y proceso interior, el cual es imposible de dilucidar caminando por una sola vía, sino que debe buscar el equilibrio en este juego de bipolarización de las energías, complementándolas en el eje que las atrae —el ser-iniciado—, recipiendario de tales fuerzas y puente entre la luz y la oscuridad.

Por otra parte, el templo masónico incluye en su simbolismo el del tiempo cósmico y natural que se genera a raíz del movimiento de astros y planetas en la bóveda celeste, lo que se indica por medio de las doce columnas que circundan la Logia, en correspondencia con los doce signos del zodiaco. Cinco de estas columnas se encuentran repartidas en el Norte o Septentrión; otras cinco en el sector Meridional y las restantes dos, a Occidente.

Éstas connotan el marco límite de lo visible, donde el movimiento circular —el mismo que debe realizar el candidato en el ritual de Iniciación— y las fases cíclicas influyen en el cambio alternativo de las estaciones —de donde tenemos diversos grados de “luminosidad”— y en la mantención y regeneramiento de la vida cósmica y, por ende, de la humana. En este sentido, las columnas J.: y B.: se relacionan con los solsticios y con las tendencias ascendentes-descendentes del ciclo.

Como correspondencia de lo dicho anteriormente, la F.:M.: asigna a cada punto cardinal luminoso (Oriente, Occidente y Mediodía) un sitio para cada uno de los Maestros que dirigen los trabajos del taller. A Oriente —donde se halla ubicado el Delta luminoso, símbolo del G.:A.:D.:U.:— se sitúa el V.:M.:; a Occidente, el Pr.: Vig.: quien instruye a los CC.: y, a Mediodía, el Seg.: Vig.:, encargado de la docencia de los AA.:, quienes moran a Septentrión, región menos iluminada de la Logia. Los tres Maestros o “las tres luces” del taller se corresponden con cada uno de los planos cósmicos antes señalados.

Estos no son los únicos símbolos de la Logia, existen muchos más que sería largo señalar y que el Aprendiz irá descubriendo poco a poco, en la medida en que avance en su comprensión del esoterismo y simbología de la Orden. Algunos de estos símbolos serán tratados en un capítulo aparte, especialmente dedicado a su análisis.

Bibliografía

- Ariza, Francisco (1991). “La Simbólica de la Francmasonería”, en *Symbolos. Revista Internacional de Arte, Cultura y Gnosis*, N° 1 (www.geocities.com/~symbolos/index.html).
- Austin, John (1975). *How to Do Things with Words*, Harvard Paperbacks, 2nd edition, USA.
- Azcona, José (1988). *Para Comprender la Antropología*, 2 vols., Verbo Divino, España.
- Béresniak, Daniel (2000). *Symbols of Freemasonry*, Assouline Publishing, New York.
- Deyme de Villedieu, John (1994). “Outils” et textes symboliques”, en *Vers la tradition*, Nos. 56-57; junio-agosto, septiembre-noviembre, Francia.

- Díaz, José Luis (1997). *El Ábaco, la Lira y la Rosa. Las Regiones del Conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Fernández González, Ángel Raimundo; Salvador Hervás y Valerio Báez (1989). *Introducción a la Semántica*, Cátedra, Madrid.
- González, Federico; Francisco Ariza, Fernando Trejos, José Manuel Río, L. Herrera, M^a V. espín, M^a A. Díaz y A. Wiechers (1985-1988). *Introducción a la Ciencia Sagrada*, Programa Agartha.
- Gran Logia de Chile (s/f). *Enseñanza del Simbolismo del Grado de Aprendiz*, Santiago.
- Gran Logia de Chile (s/f). *Manual de Instrucción para el Grado de Aprendiz. Grado I del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*, Santiago.
- Gran Logia de Chile (s/f). *Página web de la Gran Logia de Chile: www.granlogia.cl*.
- Guénon, René (1926). “El Verbo y el Símbolo”, en Vâlsan (1969), pp. 55-59.
- Guénon, René (1949). “Tradición e Inconsciente”, en Vâlsan (1969), pp. 81-84.
- Jung, Carl; M.L. von Franz, Joseph Henderson, Jolande Jacobi y Aniela Jaffé (1969). *El Hombre y sus Símbolos*, trad. del inglés por Luis Escolar Bareño, Aguilar, Madrid.
- Miranda, Francisco D. (1998). “Acerca del Simbolismo y la Iniciación”, *Símbolo* N° 62, Julio/Agosto, publicación editada por la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (1991). *Curso Universitario de Lingüística General*, 2 vols.; Síntesis, Madrid.
- Nacar Fuster, Eloíno y Alberto Colunga Cueto, O.P. (1978). *Sagrada Biblia*, versión directa de las lenguas originales, 37^a edición, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- Reghini, Arturo (1981). *Les Nombres dans la Tradition Pythagoricienne Maçonnique*, Archè Milano.
- *Siete Maestros Masones* (1992). *Símbolo, Rito, Iniciación: La cosmogonía masónica*; Obelisco, Barcelona.
- Souzenelle, A. de (1991). *El Simbolismo del Cuerpo Humano*, Kier, Buenos Aires.
- Vâlsan, Michel (1969). *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, compilación póstuma de la obra de René Guénon, Universitaria, Buenos Aires.
- Williams, José María (2000). “Una valoración del símbolo”, en *Símbolo* N° 70, Julio/Agosto, publicación editada por la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones.
- Wirth, Oswald (1920). *El Libro del Aprendiz*, nueva edición castellana autorizada por el autor; 1^a reimp. de 1979; 2^a reimp. de 1995.; Imp. Soto, Santiago.